

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

ANATIRI

Poemas en prosa

Escrito el año 1986

Primera edición electrónica 2006

*

*

*

Editor © Rolando Diez de Medina
La Paz - Bolivia

INDICE

[El Anatiri](#)
[Deseo](#)
[El Valeroso](#)
[Melancolía](#)
[Los Peligros](#)
[Reina Nocturna](#)
[Del Amor](#)
[Christus](#)
[Exilio](#)
[La llamada](#)
[Pesadumbre](#)
[Miniatura](#)
[En Ese Tiempo](#)
[Enigma](#)
[La Meta](#)
[Puriri](#)
[El Encuentro](#)
[Sobresaltos](#)
[El Hombre](#)
[Figuraciones](#)
[Duendes](#)
[Antípodas](#)
[Visión](#)
[Enlaces](#)
[Lo Esencial](#)
[El Poema](#)
[Dos Amigos](#)
[Enigmas](#)
[Esa Máquina](#)
[Sabiduría](#)
[El Desconocido](#)
[Revelación](#)
[Anatiri\(2\)](#)
[Soledad](#)
[Lo Que Faltaba](#)
[Es Aquí En El Oriente Andino](#)
[La Catástrofe](#)
[Samca](#)
[El Incrédulo](#)
[Kassida](#)
[El Beethoven](#)
[Gazal](#)
[La Amenaza](#)
[Al Otro Lado](#)

[Tres Hermanos](#)
[El Enemigo](#)
[Ellos](#)
[Lo Imperdonable](#)
[Sariri](#)
[Gazal\(2\)](#)

"Anatiri" — dice el aimára es el que juega. ¿Y no es la poesía juego alado y trascendente de la imaginación? Escuchad la palabra sin más cara del aedo andino para quien todo lenguaje sentido es poesía."

NAYJAMA

¡Cómo! —diréis — ¿prosa y verso en una sola espiga?

El verso clásico sujeto a la tiranía de la métrica y la rima es una cosa; otra diferente el verso libre que corre ondulante, majestuoso, como río sin trabas.

Pero la prosa poemática liga y confunde las dos maneras de la lírica universal. Fué cultivada por los antiguos poetas de Oriente y por los modernos vates de Occidente.

Prosa que mantiene su ritmo secreto y musical. Poema que se alquitara en estrofas armoniosas más no sujetas a cánones retóricos.

Si verso y prosa se identifican distintos, el poema en prosa o la prosa poemática invade y liga las dos áreas expresivas. No el que canta, no el orfebre preciosista del estilo. Poeta es el que mira y siente con pasión entusiasmada la maravilla del mundo, del ser y de la vida.

EL ANATIRI

Es un monte, mole colosal en forma de trapecio que se eleva dos mil metros sobre el suelo y remata en una meseta ligeramente inclinada hacia el oeste.

En verdad no sé dónde ni cuándo lo visité. Se me antoja intemporal, inespacial.

El indio, intuitivo, lo llamó "Anatiri", el que juega, porque su escarpada superficie como un espejo mágico refleja los colores y matices del sol, de la luz y de las sombras, vistiendo ropajes fabulosos que pintor alguno imitaría.

Refiérese que toda montaña tiene su secreto. Busqué el del "Anatiri" mas me fúé vedado hallarlo. Una voz secreta murmuraba: "a otro está destinado el hallazgo."

El Tiempo quiebra sus alas en los flancos del Monte Insigne. Fué cuna de guerreros, refugio de emperadores, centro iniciático de los Sacerdotes Telúricos. Grandes combates y terribles luchas se libraron para dominar su cima, la poco accesible pero también la cálida morada para los osados.

En su vientre de piedra guarda tesoros que nadie ha encontrado todavía. Rocas y tierras los esconden con su doble manto hermético.

Cuando despunta la Luna Plena —la "Pajsi" del ancestro— "El Que Juega" se regocija y un gran silencio cae de sus perfiles aristados.

El misterioso. El indescifrado. Clave de remotas teogonías. Llama y rechaza a la vez. Monte inmóvil y sin embargo el de los hondos estremecimientos interiores.

Se capta su habla sin palabras en los ascensos esforzados y en los sueños encantados, siempre poderoso, radiante como un sol petrificado.

Y el que se aleja de su presencia augusta siente que su corazón late al unísono con el atlético corazón de la montaña.

Azul de día. De ónix por las noches. De púrpura y de azafrán al declinar la jornada.

"Anatiri", el monte esfíngico donde se rompen el trueno y el relámpago y la gran inquietud interrogadora de los hombres. El incitador. El revelador. Te está aguardando.

DESEO

El verano es cálido, insinuante. El sol se ha introducido en tus venas con ardor desconocido. Los corceles de los sentidos quieren partir en frenético galope.

Ella dormita. Se ha reclinado descuidadamente, el cuerpo en abandono. La falda, levantada, deja entrever la gloria de los muslos hermosamente redondeados que se entreabren en una promesa de dicha. Las caderas reposan en soberano afán. Tiemblan los senos con ritmo acompasado. La curvatura de los brazos finge una acogida dócil. El vello rubio de la axila es una fina malla de oro. Tiene los párpados cerrados pero la boca se despliega en una sonrisa de entrega confiada. Toda ella respira un aire de ternura y voluptuosidad.

Quisieras despertarla, oír su voz tierna y quejumbrosa mientras le haces el amor. Sumirte en su carne suave y olorosa. Verla gemir y estremecerse en el éxtasis final.

Admírala pero reprime tu deseo. Esa mujer te está prohibida.

EL VALEROSO

Me ha preguntado Isaías el hijo del carpintero:

—¿Por qué cuando se habla de la Muerte, la gran enemiga, todos tiemblan y tu sonríes maliciosamente?

He respondido:

—Es que la Muerte no existe: es sólo un tránsito de un estado a otro.

—Pero el cuerpo se deteriora y finalmente se aniquila. ¿Cómo negarlo? Esa disolución final es la Muerte.

—El cuerpo no es el "yo" que sigue viviendo por el Espíritu.

—Pero no se puede negar que la disolución entre cuerpo y alma, esa separación física de ambos es evidente y casi siempre dolorosa.

—Es, ciertamente, el tributo que pagamos a la madre naturaleza. Esa ruptura entre la existencia mortal y el ser espiritual debe ser aceptada con fé y con esperanza.

—¿Fe y esperanza en qué?

—Fe en la creencia de otra vida, esperanza de que seguiremos siendo aunque en forma ignorada por el ser vivo.

—No sé cómo puedes sentirte tan tranquilo ante la idea de la Muerte.

—Es que no veo en ella una enemiga sino más bien la estrella que llama desde el infinito Cielo.

El hijo del carpintero se ha retirado escéptico:

—Eres valeroso —ha dicho al despedirse— pero cuando llegue la hora del último frío tu valor se quebrará como un cristal en mil pedazos.

¿Para qué contestarle? No lo entendería si le digo que me ha visitado en sueños el Ángel de la Buena Muerte con aviso de estar presente en el tránsito final. Mi valor brota pues de la certidumbre gozosa del nuevo amanecer.

MELANCOLÍA

No es el dolor lacerante que destruye. Ni la pena profunda que ensombrece. Es algo en tono menor triste y sonriente a la vez.

Los árboles se visten de un verde pálido. El cielo se puebla de nubes fugitivas. Difunde al aire músicas lejanas. La rosa le dice al jazmín: "no te ausentes". Caen las hojas, caen.

Partida: ¿para no volver? , Retorno: ¿en nuevo florecer?

Las horas dichosas se desflecan de la túnica de los recuerdos. Soñar. Revivir lo ido...

Y en la tarde que llama a la noche reaparece el rostro encantado de la Bien Amada. Tan próximo. Tan distante.

Curvado de ternura te reclinan en su nombre. La nostalgia te ciñe con el aro azul de su magia.

LOS PELIGROS

Como nunca en la historia del hombre el mundo se viste de rojo. Vivimos acechados de peligros: enfermedades, accidentes, guerras y guerrillas, criminalidad, drogadicción, terrorismo, desastres naturales, disolución de los valores morales, debilitamiento de los vínculos familiares.

Un cometa punzó emite sus rayos mortíferos.

La gran amenaza termo-nuclear pende sobre nuestras cabezas. Cualquier ambicioso o irresponsable moviendo un botón puede causar el fin de la humanidad.

Nadie se siente seguro ni tranquilo en este torbellino de fuerzas elementales agresivas que parecen brotar del subfondo demoníaco de la naturaleza.

¡Pobre ser humano expuesto a los riesgos de la vida civilizada!

Faltan guías. Faltan maestros. Pocos escuchan las tiorbas de paz y armonía; inmensas multitudes prefieren recoger el clamor de los clarines que proclaman codicia y destrucción.

El jardinero de antaño que cultivaba rosas y claveles, fue sustituido por el incendiario de hoy que sólo siembra bombas, sangre y dolor.

¿Vamos a sucumbir ante la invasión de los nuevos bárbaros sedientos de catástrofes? ¡No! De ninguna manera.

El varón justo saldrá por los fueros de justicia y dignidad. Juntará lo disperso. Reunificará los contrarios. Pondrá freno al espíritu de belicosidad.

No busques evadirte a otros horizontes; tu puesto está aquí, donde el barco a punto de zozobrar reclama esfuerzo y sacrificios.

No generales; sacerdotes. No demolidores; arquitectos. No sembradores de odios; prudentes y conciliadores.

A la fuerza satánica, opresiva, que envilece las conciencias, oponed el mandato angélico de amor que redime a la estirpe humana.

No desconfiar, no desesperar. El mundo será salvo si los hombres corrigen sus errores y enderezan su conducta.

A mil peligros, mil tensiones de salvación. El hombre es el guardián de si mismo. Haced volar las palomas blancas de la fe, la esperanza y el amor. ¡Vencerán!

REINA NOCTURNA

Se eleva la Luna como una inmensa hostia consagrada surgiendo detrás de la catedral del Gran Nevado. El paisaje se arropa bajo un velo transparente que lo envuelve todo.

La suave luz del astro niquela las cosas. Un temblor desconocido mueve el bancal de las violetas.

Renace el mundo como si fuera otro.

¿Qué teogonías olvidadas por el Tiempo brotan del enigma nocturno? Los antiguos adoraron el gran Disco de Oro que nosotros únicamente admiramos.

Se agitan los árboles como cuerpos humanos; conversan en una lengua secreta que sólo el céfiro conoce.

La Soberana de la Noche asciende por el límpido cielo. Es una Reina llena de majestad y poderío. Sólo el poeta sabe que es, también, la Madre del Misterio.

DEL AMOR

Quisiera ser un pajarillo para dormirme en el nido de su axila. Un colibrí que liba en el cáliz de sus labios. El aire juguetón que acaricia su piel. O ese rayo de sol que ilumina sus cabellos.

—Imágenes eróticas. Pasioncillas. Eso no es amor. ¿Por qué buscar firmas insólitas si debe bastarte la ternura que brota de sus ojos?

Oficiante de su bondad y su hermosura pregonó el fiel amor, manantial que no cesa. Me sujeto a la dulce tiranía de su voz.

—No es prudente la entrega absoluta. Resérvate una porción de independencia. Vive para Ella y para ti.

Quiero lo que Ella quiere. A su lado abdicó de mi fuerza y de mi voluntad.

—Haces mal. Mañana podría visitarte el hastío y la encantadora perdería su hechizo.

¡Jamás, jamás! Verdadera pasión es para siempre. ¿Cómo podría el hastío apagar lo que eternamente renace?

—La pasión es hija del instante Desconfía. Inteligencia y sensibilidad van en busca de novedad.

Han pasado muchos años, mil incidentes y no ha variado el flujo de mi afecto. Ella y nadie más. Nada podría extinguir mi entrega a su presencia.

—Nadie es dueño del futuro. No des caución por los tiempos que aun no han sido. Todo tiende al cambio; ¿por qué no tu amor?

Porque está tejido con hilos eternos. Nada podría romperlos. Menos aún sustituirlos.

—Celebro tu constancia. Persevera. Pero no te juzgues único, muchos cultivan el jardín de la fidelidad.

No sé cómo agradecer al Señor el don de la esposa Bien Amada: no hay mayor bien en la tierra.

—Dichoso tu, el Elegido —dijo el Anciano de la Túnica Verde — tus ojos no conocerán hastío ni tu corazón fatiga. Amor fiel es amor sacro. Disfrútalo.

CHRISTUS

Dos italianos —Papini y Zeffirelli, escritor y cineasta— han dado las versiones más accesibles y poéticas de su vida portentosa en "Historia de Cristo" y "Jesús de Nazareth".

No hay suceso de mayor trascendencia para el creyente que el tránsito glorioso del Hombre-Dios, cuya inmolación voluntaria sacude todavía las almas.

La fe y la incredulidad lo circundan. El milagro lo sigue. Su figura admirable y enigmática. Su lengua profética y simbólica.

Leeremos cien veces, meditaremos mil y nunca entenderemos del todo el misterio de esta existencia fulgurante que transcurre en medio del dolor lacerante y de la alegría espiritual mayor.

Christus: el Salvador, el Redentor. La única criatura que une el Cielo con la Tierra.

EXILIO

Pensaba en la patria lejana y una profunda tristeza lo invadía. ¿Cuándo podría volver a verla?

Era tan hermosa la vida en ella. La casa, los seres amados, el trabajo cotidiano, los amigos, los libros y la música, el paisaje montuoso; hasta los enemigos tenían su valor porque lo acicateaban en la superación de los conflictos. Allí se desenvolvía seguro, confiado, como guerrero de su victoria. El amanecer siempre optimista; al caer la noche meditativo y grave. Se le antojaba haber nacido en el mejor paraje del mundo. Todo le sonreía en un gozoso transcurrir.

¿Por qué se había dejado tentar por las sirenas de la política metiéndose a revolucionario en pos de una sociedad nacional más ordenada y más justa?

El jefe de la conspiración, varón íntegro y valiente, a quien admiraba sinceramente hubo de perecer en la revuelta. Los pocos sobrevivientes de la aventura cívica fueron dispersados a distintos países.

Y ahora se encontraba solo, con escasos recursos, habitante de un suelo desconocido donde todo le era extraño.

La ciudad inmensa y voraz. Caras ignotas. ¿Con quien comunicar? Temible desconcierto del arrojado a playa extranjera.

El sol luce menos brillante. Calor y frío más agudos. Los jardines suntuosos pero mudos. Hasta el trino de los pájaros resuena como música perdida.

El trasplantado se hunde en laberintos de dudas e incógnitas futuras. ¿Será larga la ausencia, que ocurrirá a los seres queridos, y ella, la patria bien amada seguirá gimiendo bajo la férula del dictador?

Allí era alguien, se desenvolvía fructuosamente, en su medio habitual y acogedor. Aquí todo deviene adverso. El día se hace noche, la noche se vuelve infierno. Pensamientos sombríos sustituyen a las claras ideas en la comarca propia. Desorientado, desalentado el alejado siente la mordedura de los dogos de la ausencia.

¿Cuándo llegará la primera carta, traerá noticias buenas o malas?

El exilado siente que le está naciendo otro hombre en el dolorido sentir del destierro. Ni una estrella en el cielo oscuro del alejado. Soledad. Incertidumbre. Y la nostalgia de la patria cae, cae, cae...

LA LLAMADA

Un sonido armonioso, electrizante conmueve la atmósfera. Es viril y ternuroso a la vez.

Despierta mil ansias. Hace pensar en la inmensidad del mar. En las pasiones del fuego. En las sutilezas del aire. En la fidelidad de la tierra.

Es como si algo fuese a nacer de nuevo. Como un sueño punto de trocarse en realidad.

Nada más que algunas notas moduladas con encantadora persistencia. Algo que tensa las fibras de la voluntad. Enardece el espíritu y lo impulsa a confines misteriosos. Pero también sugiere la nostalgia de los días felices. Te acerca a la Amada. Te hace vibrar con el mundo. Risa musical.

Nunca te cansarías de oírlo. Te llama a proezas desconocidas. Te inclina al júbilo y a la acción.

¿Qué sucede? Es solamente el silbo de un pájaro.

PESADUMBRE

No debes decirlo, no puedes decirlo.

Es un penar que viene de muy hondo y dura mucho tiempo. Ni siquiera puedes desahogarte porque no quieres herir a seres que te son próximos. Todo debe quedar adentro, muy adentro.

Has hecho todo lo posible para alejar el dragón verde pero siempre regresa, cada vez más persistente, más peligroso.

La ansiedad que te provocan las largas esperas angustiosas, los presentimientos adversos, el temor de mayores desgarramientos se acrecientan al pensar que podrían acontecer accidentes o tristezas mayores.

No está en tu mano evitarlo, impotentes tu deseo y tu voluntad. Es como si te hubieras extraviado en un bosque de arbolada espesura que te impide ver el cielo y orientar te hacia una salida venturosa.

Te sientes perdido. Frustrado en tus más caros anhelos. Nada puedes hacer. Tus últimos años son atormentados por aquello que de ti no depende y te hiere cruelmente. ¡Señor! ¿por qué esta expiación que no tiene término?

Cuando vuelve el dragón verde, apesar de todos tus esfuerzos por evitar lo se opacan las esmeraldas del día, sangran los rubíes de la noche. No puedes evitarlo.

¿Castigo celeste, fatalidad, venganza del destino envidioso de tus dichas pasadas?

No puedes explicarlo, escapa a todo principio de razón. Pero retorna inevitablemente y amarga el horizonte de tus preocupaciones. Es como un nubarrón negro que esconde el sol y te priva de calor y de alegría. O como un castillo de nieve que se deshace dentro de tu corazón.

¡Ah pesadumbre, pesadumbre que ensombrece el tránsito de tus horas!

¿Dios te está probando o es un designio del destino para redondearte en la hombría que padece y calla?

Te ronda un peligro presentido. Te visitan augurios con contrarios. Esclavo del sino no puedes eludir la pena. Ella te visita inexorablemente y se repite, se repite... sumiéndote en desesperanza y abatimiento.

Señor: ¿por qué?

MINIATURA

Es un escenario multicolor. El Emperador acoge la visita de los Embajadores que portan ricos regalos.

Los guardias presentan armas relucientes al sol. Su jefe los comanda con viril ostentación.

Por las ventanas de la torre asoman caras descomunales que aminoran el paisaje. Un pavo real luce su hermoso recamado de plumas cromáticas.

Sube como una música secreta de las acacias entrelazadas amorosamente. Una alfombra suntuosa decora el piso. Desde una nube un Genio sonrío a la escena.

Los cortesanos se agolpan en grupos irregulares luciendo bellas vestimentas de variados colores. Un sacerdote hincado ora meditativo. En un arco de piedra glifos misteriosos.

¿Es en la Persia lejana? No; en el Kollao boliviano mítico y remoto.

EN ESE TIEMPO

Ocurría en un paraje gris ceniciento sin colores, sin formas claras, sin visitas de la luz.

No tenían Rey ¿por que cómo elegir y encumbrar a uno donde todos eran iguales?

No asomaba la fiesta de las flores, sólo arbustos raquíticos. No crecía la hierba ni retozaban los pájaros. Reinaba una monotonía esencial: todos se parecían entre si y para distinguirse tenían que aproximarse mucho.

Habitaban en cuevas situadas en los flancos de las montañas. Un río cruzaba la comarca también incolora y turbulento. Erraban de un lado a otro buscando residencia más acogedora mas no podían hallarla. Y se apiñaban buscando calor pues el individuo que andaba solitario no tardaba en desaparecer tragado por la atmósfera grisácea que lo envolvía todo.

Ignoraban el canto y la risa, desconocían la alegría.

La palabra "felicidad" aun no había sido inventada. El trueno y el relámpago no existían para ellos.

Transcurrían en incesante desasosiego a la espera de algo mejor que jamás llegaba porque el cielo plomizo emplomaba también la tierra.

De pronto cierto día un hombre del País de Altura, frotando un pedernal con una yesca descubrió el fuego. El calor encantó a los seres grises que merced a la hoguera conocieron la magia de los colores.

Aprendieron a cocer sus alimentos y a darse calor en las noches frías.

Eligieron su Jefe al vencedor del Genio Gris y despertaron a la ansiedad de nuevas formas de vida. Sus sueños comenzaron a poblarse de escenas desconocidas que anunciaban horas mejores.

Entonces sucedieron dos cosas maravillosas. El primer rayo de luz cruzó como una espada de fuego la comarca dejando en suspenso los corazones. Y el doncel Wayna descubrió el amor en los labios de la doncella Wara.

En días sucesivos el aire se hizo más templado. El manto grisáceo fué aventado por la danza rutilante de los colores. Todos pudieron reconocerse distintos y cordiales. La llegada de la luz fué como si el mundo hubiera vuelto a nacer.

Sucedió en la "Chamak-Pacha" —la edad oscura— cuando la solar luz rompió el cautiverio de los hijos de la sombra.

ENIGMA

Me obsede el misterio de la Montaña de Nieve.

Está allí, soberbia y radiante como una diosa lejana. Para muchos sólo una mole de roca y hielos. Para el poeta un naciente universo que alberga mil secretos. Tiene arrebatos de mar, columnas de fuego, tempestades telúricas, ejércitos de aire. Si hablara contaría de imperios y civilizaciones abolidos. Historias como centellas. Proezas petrificadas en formas rígidas que emboscan airosos movimientos.

Siempre igual, diferente siempre. Emperatriz de la luz y del color, soberana también del silencio y de la sombra. Venerable como el templo griego. Música que trasciende arquitecturas.

Quién la contempló una vez en profundidad, enamorado para siempre.

Sigo pensando en el misterio de la Montaña de Nieve.

LA META

Había sacrificado todo a su gran objetivo: patria, familia, situación económica, la propia personalidad. Para él sólo existía la meta única: alcanzar la cima del monte inaccesible que planta humana hollara jamás.

Tenaz, porfiado, inmune al desaliento apesar de sus grandes esfuerzos vió frustrarse su anhelo muchas veces: no lograba llegar a la cumbre pues el monte —celoso vigilante— siempre le oponía nuevos obstáculos.

Pero el hombre se sentía superior a los demás pues su gran deseo le quemaba el pecho, llenaba su vida, lo hacía sentirse fuerte y osado en la lucha con el Destino.

Nada hay que pueda oponerse a una voluntad decidida a vencer.

El presentía que tarde o temprano coronaría la hazaña, el esquivo adversario le entregaría su secreto.

Diez, veinte veces derrotado, volvía audazmente a la carga. El monte poseía muchos medios para impedir su propósito pero él era más fuerte que el monte y no cejaba en su tarea de alcanzar la meta final: pisar la cima lejana, altanera, que en abierto desafío lo llamaba y luego le cerraba el paso.

Veía tan pequeños a sus contemporáneos empeñados en acciones mezquinas, contentos con sus pequeñas ambiciones, limitados por la modestia de sus objetivos. El, en cambio, consagrado a la proeza que nadie realizara sentíase emperador de almas, maestro de la voluntad. Era joven, sano, temerario, abrigaba la certeza de salir victorioso en su deseo.

Subió muchas veces, muchas descendió sin haber alcanzado la cumbre del monte.

Ni los ardores del sol ni la frialdad de la luna apagaban su entusiasmo. Subía, subía, tenía que llegar a la meta triunfal.

¿Meses, años? Perdió la cuenta.

Cierto día impensadamente vió recompensados sus esfuerzos. Llegó a la cima y después del deslumbramiento de ver realizada su hazaña, quedó aterrado: un abismo insondable se abría en la cara posterior del monte.

Coronado estaba el gran objetivo. Era el dominador del coloso inaccesible. ¿Qué hacer ahora si su vida no tenía otra meta que dominar al monte tenebroso?

Ya no tenía sentido ni finalidad su vida. Había concentrado en un punto su acción. La sola meta impone el solo sacrificio. Y el vencedor se arrojó al abismo porque ya nada tenía que hacer.

PURIRI

Por ser el más fuerte, el más osado, y su sentido intuitivo de los movimientos de la naturaleza, Puriri era el Jefe de la tribu a la cual mantenía con el arco tensado por su brazo poderoso.

Infalible en sus tiros los hombres lo temían, las mujeres se disputaban el honor de darle un hijo.

Un día errando por el bosque Puriri contempló una corza blanca tan hermosa, tan hermosa que oscurecía todas las cosas del mundo. La flecha que la apuntaba se negó a salir del arco.

Nunca volvió a verla. Pero pensando en ella Puriri conoció la tristeza, aprendió el llanto, de victorioso pasó a vencido. Y en sus sueños la corza blanca esquivaba siempre al arco anhelante del cazador frustrado en el cual sobre el hombre de instintos despuntaba el ser de sentimientos.

EL ENCUENTRO

Era una roca basáltica, a mitad de camino entre un gris pizarra y un negro pálido, incrustada como una intrusión volcánica entre el bermellón y el pardo de la sierra.

Las leyendas dábanle diversos nombres. Para uno La Muela del Diablo. Para otros El Hombre Negro. También se le conocía por El Rebelde Petrificado y El Monje Silencioso.

Servía de escaló a los audaces trepadores de cerros que llegaban a sus pies nunca a su vértice final porque la masa de forma corporal remataba en una cabeza filosa, agudísima, que impedía todo asidero.

—Es como un oráculo para nosotros —dijo un indio viejo— según los colores de que se reviste en la madrugada y en el atardecer nosotros sabemos cómo será el día que viene y cómo la noche que vendrá.

El muchacho amador de su tierra y de su poblador gustaba contemplarlo de lejos, desde la cumbre de un monte próximo, en soledad y recogimiento. Dialogaban largamente. El pináculo rocoso le daba mil sugerencias atrevidas, el muchacho le respondía con afecto y admiración.

Entonces El Hombre Negro se revestía con los tintes sangrantes del crepúsculo a manera de un héroe inmemorial.

El muchacho y la aguja térrea comunicaban sin palabras. Corrientes secretas acercaban el espíritu interrogador y el alma inanimada. El jamás cansado de frecuentar la visión altiva de su pétrea erección. Ella como agradecida por las visitas del doncel.

Confiar cuitas a un cerro ¿no parece absurdo? Pedirle iluminación a través de mudas contemplaciones ¿no es cosa de locos y poetas?

Se hicieron tan amigos que ya no transcurría domingo sin la visita ritual del muchacho al pináculo adusto.

Aprendió mucho de la presencia telúrica, le entregó su pensamiento y sus tribulaciones.

El muchacho se hizo hombre. Escribió muchas cosas, compuso muchos libros sobre la tierra india y los númenes telúricos y en la última visita al pináculo basáltico éste le entregó la revelación final:

—Soy el Siripaka —dijo— el que lleva la luz, el que dice la verdad. El Ande trasvoló de mi osada arquitectura a tu ardida comprensión. No fué vano nuestro encuentro. Perdurará.

SOBRESALTOS

El ignora la preocupación que te obsede y los temores que te asaltan.

Despiertas varias veces en la noche: ¿qué pasaría? Farra, tragos, juego, mujeres, pendencias, accidentes... Prendes la lamparilla y miras el reloj: la cuatro y media de la madrugada. Afinas el oído: del cuarto vecino no sale el menor ruido. No ha llegado todavía.

Lees a ratos y otros dormitas. La angustia se levanta en tu corazón. Ya no puedes conciliar el sueño firme de las noches que se acuesta temprano.

El se está divirtiendo. Tú padeces.

De pronto, al amanecer, leves ruidos del cuarto vecino. Después la respiración regulada del hombre que descansa.

Cesan los sobresaltos. Agradeces al Señor que te ha devuelto tu hijo sano y salvo.

¿Te está acortando la vida o son imaginaciones tuyas?

Si él fuese menos noctámbulo ¡cuán grata sería la vida crepuscular!

EL HOMBRE

Hay veces en las cuales te sientes uno, irreductible, distinto a todos, integrado en tu propia y sola individualidad. Y otras en las que te sientes conformado por mil fuerzas dispersas que convergen, divergen, se entrelazan y disparan en diversas direcciones como si fueras muchos. ¿Unidad, multiplicidad?

—Ambos fenómenos. Por la estructura física contienen universos, tu mismo eres la suma infinita de innumerables energías concurrentes. Por el alma y la voluntad te integras en un solo ser, eso que se llama la personalidad.

El hombre actual, sumido en el laberinto de los inventos técnicos y las maravillas científicas, se siente perdido en la vastedad del mundo y en la complejidad oceánica de los artificios creados por él mismo. Ignora realmente qué es, lo que puede, lo que será.

—Te pierden las dudas, las cavilaciones, tu ínfima presencia en medio del torbellino en expansión que te rodea. Eres uno y eres múltiple. Mundo y ser inabarcables. Indefinibles.

El que ayer se consideró centro del mundo es hoy apenas menos que un punto-humillado en la terrible geometría del universo.

—Si sigues teniendo conciencia de tu pequeñez física y de tu ilimitado poder de comprensión, continúas siendo el dueño, no el prisionero del mundo.

El antiguo fué simple, sencillo, habitaba la unidad. El moderno transcurre confuso, complicado, vive en la multiplicidad. Mundo y ciencia crecieron tanto —siguen creciendo en progresión aterradora— que el mucho saber se desvanece en ignorancia.

—Tiempo de transición. Vives la época más revolucionaria de la historia del hombre: todo cambia, todo se transforma, todo se reinventa. El reino de los números lo invade todo.

El individuo quisiera conocer las fuerzas primordiales en tensión que lo mueven.

—No es difícil precisarlo. Son cuatro: Dios, la Naturaleza, tu Cuerpo, tu Alma. Cuando ellas conciertan hacen el hombre cabal; si una de ellas disuena se produce el desequilibrio del ser individual. Eres pues uno y múltiple. Contienes tantos elementos dentro de ti que es imposible clasificarlos. Y sin embargo te yergues solo, único y verdadero en la infinita variedad de la especie humana.

FIGURACIONES

Según la hora del día, los juegos de la luz con los colores y la búsqueda persistente de tu mirar siempre maravillado recoges visiones inéditas de la contemplación de la montaña.

La nieve se esparce sobre las rocas en figuras caprichosas. Castillos, torres, navíos, cóndores petrificados, corceles en tropel, ángeles con las alas desplegadas y muchas presencias más se desprenden del Gran Padre Blanco.

La Dama de las Nubes —miniatura del recuerdo— suele descender del cielo y se posa en una arista del nevado. Te habla.

Esta tarde tuviste, dos hallazgos visuales. El monte largamente avizorado te entregó la efigie majestuosa del gran Achachila tatarabuelo de las edades. Y te viste también con tu cara de adolescente y tu gorro de colegial. La montaña lo contiene todo.

¿Figuraciones? Algo más: presencias misteriosas que eternizan la nostalgia del Soñador.

DUENDES

Ellos existen: traviesos, invisibles, burlones. No acuden al llamado humano, llegan y se van sin aviso previo. Y dejan su impronta de dicha, de zozobra, de impaciencia, de ansiedad, de pesadumbre en los ánimos.

Se pierde un objeto, un papel, una anotación cualquiera: olvidas dónde los pusiste. Buscas afanosamente, lo revuelves todo, repasas diez veces el mismo lugar: y nada. Lo extraviado se esconde bajo el velo que el duende ha tendido ante tus ojos.

¡Ah la búsqueda del poemita aquel que en sólo dos páginas encerraba un canto de vida! Revisaste varias veces tus muchas carpetas de documentos, apuntes, colaboraciones, trabajos inéditos y el poemita continuaba desaparecido. Diez veces hojeaste tus carpetas y diez veces fracasaste. Por fin desesperado emprendiste la última revisión: hoja por hoja entre diez mil papeles, y de pronto cuando ya te abandonabas al desaliento final el poemita apareció como un rayo fulgurante de sol: se había adherido a la página final de un ensayo de mayor envergadura.

Saltaste de alergía y al coger el trabajito ansiado te pareció vislumbrar una caperuza roja y unas calzas verdes que se esfumaban en el aire.

En las citas de amor ellos juegan un rol preponderante, las apoyan o las frustran a voluntad. Todo amante tiene su duendecillo que lo guía sin él saberlo.

Para las grandes decisiones del destino también intervienen en forma de súbitos consejos o alados presentimientos. Benéficos unas veces, otras malignos te rondan constantemente sin que percibas su presencia.

Crees haber realizado un gran descubrimiento pero un ser diminuto te baila en el cerebro: "todo se interpenetra en todo. Nada has descubierto."

No negarlos ni solicitarlos lo mismo pueden aparejar júbilos y desalientos. Como las estrellas que se hunden en la noche misteriosa o los primeros celajes del día que incitan al nuevo amanecer, esas diminutas criaturas invisibles cumplen su destino de inquietar y acicatear al hombre.

Los duendes: esos hallazgos de la suerte.

ANTÍPODAS

El sueño es don de Dios. El insomnio lo genera el Maligno.

Del primero salimos por lo general ágiles, optimistas, entusiastas. Del segundo casi siempre pesados, pesimistas, malhumorados. Durante el sueño un mago blanco nos abre las puertas del pasado, del futuro, nos revela lo invisible. En el insomnio un mago negro nos ata a la mísera realidad. Aquel enseña, ilumina, deleita. Este oscurece, tortura, desorienta.

Soñando descansan cuerpo y alma aunque la mente prosiga su andadura incomprensible. El que se desvela se pierde en el laberinto de las dudas. Aumenta sus fatigas.

Son dos reinos diferentes: el del Ángel sumiso que conoce sus caminos y alumbra el nuestro, y el del Réprobo que confunde nuestra marcha alejándonos del proceso onírico.

Un ala dichosa, un ala torva impelen e impiden los vuelos del pensamiento nocturno.

El sueño recompensa. El insomnio castiga. Son los dos polos de la cerebración humana.

VISION

La mañana quieta, silenciosa.

De pronto ejércitos de nubes se reflejaron en el espejo del agua y ésta adquirió matices tornasolados. Pasaban, pasaban largos desfiles de cuerpos erguidos, altivos, movidos por voluntades misteriosas.

Luego apareció un castillo de torres almenadas y muros altísimos. Un ancho foso lo separaba de la tierra. Una bandera azul y gualda ondeaba al viento. Parecía poblado por multitud de guerreros; y otros con arcos y flechas atacaban la sombría fortaleza de piedra. Se combatía sin ruidos pero con furioso coraje de ambas partes.

Pasó la visión bélica sustituida por un paisaje idílico de siembras y pastores. Un muchacho quinceañero cortejaba a la pastorcita que lo atendía ruborosa. Su mirada inocente guardaba la pureza de los jazmines.

La mañana agitada, rumorosa.

Cruzaban bandadas de pájaros asustados por el cielo. Un cazador los perseguía pero sus tiros no alcanzaban al tropel en fuga. Huían, huían, en blanca teoría estremecida.

El sol resplandecía en los álamos ondulantes mas no quemaba, vertía un suave calor impreciso. Día de mágicos encantos.

Bruscamente el paisaje se cubría de sombras. Se diría el atardecer entregándose a la noche tododevoradora. Una canción transida de ternura brotaba de la fronda.

Y otra vez la claridad cernida de la acariciando las cosas. A lo lejos las velas desplegadas de un ligero navío se henchían en una promesa de llegada inminente. El inmenso parque de anchas avenidas arboladas y graciosas fuentes se colmaba de rumores. Una pareja de enamorados ponía el tinte de su felicidad en el ambiente.

Después la sucesión animada de trémulos mirajes. Hadas, silfos, magos de caperuzas trianguladas, doncellas y donceles de ricas vestiduras y caras tocadas de alegría. Muchas, muchas cosas a la vez: montarlas, valles, quiebras, manantiales, arbolares, mares de hierba fresca, grupos humanos, aves en reposo, corceles en galope corto, frenado, guiados por jinetes de casacas rojas y sombreretes negros. Ciudades portentosas que se desvanecían en el aire. Máquinas aladas.

¿Un universo movable y cambiante de sucesos? No: solamente el poeta soñando en una gota de agua sobre el pétalo de una rosa.

ENLACES

Se ha dicho que la arquitectura es música petrificada. ¿Y si la música fuese arquitectura en movimiento?

Las artes se corresponden unas en otras. Tienen formas diferentes pero un ritmo oculto las aproxima y funde en parentesco final.

Sonoridad, plasticidad. Todo cuerpo o sonido se resuelve que en ondas que participan de lo estático a lo movable. Y a la inversa.

Mares y montañas, lo que se agita sin cesar, lo que permanece estable. Aquellos loan la poesía del movimiento, éstas enaltecen la escultura de lo inanimado.

El pintor describe, el escritor dibuja. El filósofo medita, el poeta sueña.

Dios crea, descompone, recompone. El hombre atraviesa como una saeta loca la inmensidad del universo y de la vida.

El pensamiento es una forma de la acción; la acción es una cristalización del pensamiento.

LO ESENCIAL

Teólogos, filósofos, pensadores inciden en que la meditación sobre la Muerte es la tarea trascendental del hombre.

Error: la misión esencial del hombre es vivir. Meditar en el fin, bien; pero antes pensar y ejercitarse en la acción, que el pensamiento no debe anular la voluntad.

Heidegger con su "ser-para-la-muerte" estima que ésta es la última dificultad y responsabilidad en la vida humana. Planteo metafísico.

Pero en la evaluación biológica ocurre precisamente lo contrario: "ser-para-la-vida."

Porque está claro: el ser pensante no viene al mundo para sumirse en terror y escepticismo, sino más bien para tratar de desentrañar los enigmas del vivir ejerciendo en plenitud sus facultades volitivas y creadoras.

Hundirse en las sombras ¿para qué? Si la luz trae misterios y revelaciones que iluminan y elevan a ser.

Dar un sentido a la Vida es más importante que tratar de insumirse en la oscuridad de la Muerte.

¿Qué oponer a la tétrica amenaza de la corrupción del cuerpo y el desligamiento del alma?

Algo más útil y más noble: pensar en la vitalidad y en la plenitud de los días transcurridos y las horas por venir, cuyo curso radiante aleja las ideas pesimistas.

Porque está escrito: no venimos a ser presa del miedo y del gimoteo, más a forjarnos con entereza aun en medio a la penumbra y las dificultades.

Avanzar hacia las altas alegrías en búsqueda de la serena confianza y del activo transcurrir, en vez de sondear en los tétricos abismos de la muerte.

Desconocer esas filosofías deletéreas que llevan al pánico de la destrucción. Buscar más bien aquellas otras que dan un sentido creador y vigilante a la ciencia del vivir.

¿Por qué finar en negación y espantos si la criatura humana por corta que sea su existencia, es símbolo de afirmación de júbilos sucesivos?

—Estás en lo justo — terminó el Maestro del Ande — venimos a indagar, a esclarecer; no a sumergirnos en terror y confusión. Piensa siempre en el Sol que nace, no en la Luna moribunda. Ser-para-la-Vida. Es tu destino.

EL POEMA

—Quisiera componer el poema más hermoso del mundo —dijo el poeta— pero no encuentro el tema ni las imágenes felices para expresarlo.

—No importa: sigue soñando, buscando, inquietándote...

—¿Llegaré a encontrarlo?

—El poema más hermoso del mundo está más allá de la escritura. Habita en la hondura inefable de los corazones ardientes y porfiados. Deja que duerma su sueño de eternidad.

El poeta busca, busca todavía pero no sabe que el poema más hermoso del mundo es un camino más que un altar.

DOS AMIGOS

El niño Raimundo y el potrillo Firuz eran dos compañeros inseparables. El potrillo sólo se dejaba montar por el niño. Recibía la alfalfa y terroncitos de azúcar de sus manos y gustaba que el patroncito lo llevara a beber agua al vertedero.

Raimundo, a su vez, mantenía largos diálogos silenciosos con Firuz, que no hablaba con palabras sino con los suaves movimientos y el rayo de ternura que brotaba de sus ojos oscuros cada vez que el niño le acariciaba la frente y le prodigaba inocentes confidencias.

La criatura no abusaba del animal, lo montaba en cortas cabalgatas. Le lavaba los cascos, cepillaba su fina piel y le placía sentirlo caminar a su lado sin ronzal alguno pues Firuz seguía dócilmente a Raimundo donde éste se dirigía. Dormía sí, en su potrero pero apenas amanecía abría la puerta con su hociquito y corría al pie de la ventana desde la cual su dueño lo saludaba alegremente.

Dos días que Raimundo estuvo enfermo, Firuz se negó a probar alimento. Y en otra ocasión, lesionado el caballito por un espino Raimundo no se separó de su lado hasta que lo vió totalmente restablecido.

¿De qué no cambiaban confidencias el niño y el potrillo? Se lo contaban todo. Ariscos en el trato con sus iguales se abrían a los dulces goces de la amistad sólo en su mutua confrontación. Claro que como sucede entre amigos no faltaban ocasionales disgustos pero ellos desaparecían a la primera caricia de las manos de Raimundo o al frote del caballito contra su patrón.

¿Para qué los hermanos, los amigos y los otros potrillos de la estancia? Los dos inseparables se entendían sólo entre ellos y no necesitaban más compañía.

Pasaron los años. El niño se convirtió en un garrido adolescente y el potrillo en un rozagante alazán manteniendo la estrecha convivencia que los hermanaba en el dolor y en la alegría.

—Tenemos que separarnos —dijo un día Raimundo al querido corcel — debo ir al cuartel, al servicio militar.

—No —pareció responder Firuz — no me separaré de ti.

Y esa tarde, bajo un crepúsculo purpúreo, el joven y el alazán tras un impetuoso galope se precipitaron en las turbulentas aguas del gran río Madidi. Nunca se hallaron sus restos.

Y la leyenda refiere que al aparecer la luna llena se oye el galope misterioso de Firuz montado por Raimundo que recorren las riberas del río como un solo ser inseparable.

ENIGMAS

¿Por qué coexisten el Cristo y los Anti-Cristos modernos?

¿Por qué la perennidad de la Montaña y la fugacidad de la Rosa?

¿Por que el Sol deidad benéfica en las alturas y en los valles templados y el infierno en los trópicos?

¿Por qué Dolor y Alegría se entremezclan en el Destino del Hombre y el Laberinto de los Días?

¿Por qué el ser limitado y el infinito universo se funden en una conciencia cósmica?

¿Por qué la Vida tienta y enardece en tanto la Muerte deprime y aterra?

—Las respuestas las revela el Monje Azul si prolongas el Libro del Sueño.

ESA MAQUINA

¿Qué cosa más complicada y frágil que la máquina humana? Nos presta largos y espléndidos servicios interrumpidos y nos permite rebasar el límite de los 80 años a pesar de los deterioros de la edad.

Dar a la materia y al espíritu su dual condición. Maravillarse de ambos. Reconocer su inevitable enlazamiento, su irrenunciable coexistir.

Hoy te asedia el tema de la maquinaria corporal. No es verdad que su existencia y su rendimiento sean efímeros, fugaces, pues en relación al tiempo de vida son más bien extensos y fructíferos.

Esa asombrosa central de energía natural supera todos los logros de la ciencia y las computadoras, si se piensa en la vastedad de su estructura y en la multiplicidad de sus funciones operantes.

Cosmos sideral. Mundo intra-atómico. Universo somático. ¿Cuál más complejo, eficiente y admirable?

El sistema anatómico y fisiológico del hombre no tiene rival. Carece de repuestos, lubricantes y esencias matrices que lo impulsen. Se nutre y se regula por si mismo, ordena sus necesidades, corrige sus desequilibrios, ajusta y reajusta prodigiosamente las infinitas combinaciones de sus partes.

Cerebro y voluntad son las dos dínamos más poderosas de energía que la naturaleza ha construido. Las estrellas y los "quarks" o últimas partículas se someten a su pasión indagadora.

La mayoría humana, en general, desconoce los poderes mágicos de creación, renovación, y multiplicación de la ingeniería complicada que lo habita. Apenas si los sabios, científicos y una minoría pensante se sumergen en el mar turbulento que mueve al navío fluctuante de la grandeza somática.

Bien mirado, la geometría más estupenda no está afuera; está dentro de nosotros mismos.

Esa máquina inagotable cuya música jamás cesa, que viene y se va con la vida misma. La mayor invención del Creador.

Del cuerpo humano, de su grandeza y esplendor, sólo se puede hablar comparándolo con el cielo estrellado.

SABIDURIA

Dijeron los discípulos:

—Un crítico ha vuelto a injuriarle, maestro, desconociendo la belleza de su último poema. ¿Podemos darle su merecido?

Huyustus les contestó sonriente:

—De ninguna manera. Un elogio me detiene en el ascenso por la escalera de la virtud. Un ataque me ayuda a subir tres peldaños más.

—Debemos, entonces, dar igual trato a los amigos y a los enemigos?

—Yo cuido con el mismo celo las plantas benéficas y las plantas adversarias. Unas me dan su calor, otras me agujonean hacia la perfección.

—¿Y las injurias y las burlas?

—Aquellas me resbalan, éstas se las lleva el viento. ¿Cómo podríamos comprender la magnificencia y la belleza de la vida si no la turbaran de cuando en cuando las manchas grises de la envidia y la maldad?

Callaron los discípulos y el maestro Huyustus comenzó un nuevo poema mejor que el criticado.

EL DESCONOCIDO

Tenía la inteligencia, la sensibilidad y la cultura suficientes para valorar la propia obra.

¿Era un gran autor? Más que eso: un escritor original que no se parecía a ninguno. Sus libros de poemas, narraciones y ensayos podían competir con los mejores del género, superaban

a muchos por la estructura de la composición, la elegancia del estilo y la rareza de las imágenes. Era realmente un moderno en forma clásica.

De carácter solitario, retraído, no había cultivado los círculos de la crítica, de la diplomacia literaria, del periodismo divulgador. Orgulloso en extremo jamás pidiera que le publicaran algunas de sus composiciones. Escribía, escribía y acumulaba sus creaciones en un arcón coreano de madera negra y apliques bronceos que custodiaba celosamente sus obras.

Serían treinta, cuarenta, talvez media centena.

No tenía familia ni amigos. Era el único lector de sus libros todos inéditos. Y carecía de recursos para editar por su cuenta sus creaciones, e ignoraba en absoluto el contacto con ese mundo intrincado de editores, libreros y críticos.

Leía, leía mucho y con afinado gusto enjuiciativo se situaba en un sitio privilegiado: no sería un genio, acaso ni grande artista, pero tenía clara conciencia de la jerarquía de su pensamiento y la belleza de su forma expresiva. Estrella solitaria su literatura podía competir con las más preclaras.

Pasaron diez, veinte, treinta años. Al transbordar la cincuentena lo acometió la angustia del futuro de sus libros inéditos: ¿quien se interesaría por ellos, llegarían a ser editados y leídos por numerosos lectores? ¿O estaban condenados de antemano al eterno desconocimiento?

Se estremeció de pena. El como millares o millones de autores que no vieron la letra impresa de sus creaciones permanecería en la sombra del sempiterno olvido, sus libros serían ignorados por su generación y las venideras.

¿Para qué tanto esfuerzo, para qué belleza cuánta? Obrero sin salario había trabajado en vano.

Esa noche soñó que lo visitaba el Arcángel y le decía: “el Ojo Que Todo lo Ve ha recogido tu siembra. ¿No te bastó el goce de crear verdad, fantasía y belleza? La fama es pasajera. Serás descubierto un día o renacerás en la mente de otros escritores. Tus libros florecerán en tiempos que aun no han sido.”

REVELACION

Los cinco sentidos no me bastan por prodigiosas que sean sus órbitas de acción.

¿Buscas el sexto? No es difícil definirlo. Es la intuición poética que se nombra también imaginación, fantasía, avidez de búsqueda y comprensión. Eso que transfigura el mundo, sus seres y sus cosas revistiéndolos de aristas fulgurantes.

Dudo que todos lleguen a entenderlo y menos a ejercer los mensajes de su poderío.

Claro que los espíritus romos viven ignorantes del sexto sentido; sólo se entrega a quienes poseen la facultad de soñar, de imaginar, de escrutar detrás de la imagen visible las invisibles formas de un segundo universo que se aproxima únicamente a los ansiosos de descubrimientos.

¿Todo poeta sería, entonces, dueño del sexto sentido?

Todos no, más aquellos que a través de la música de las palabras persiguen cifras de lo oculto. Porque el sexto sentido es también el padre del Misterio.

ANATIRI ⁽²⁾

"Anatiri" el que juega —dice el aimára. Sabiduría ancestral porque ¿no es la vida un juego, no es el hombre un jugador?

Mas no se ha de tomar el vocablo en ejercicio de simple distracción o pasatiempo, ni la de apostar a las cartas por codicia o desafío a la suerte, sino en la función trascendente de la acción irrenunciable, del deber elemental que exige cada día.

Jugar, si. Apuesta y riesgo. Persistencia que busca, meta que llama a la flecha voladora.

Porque el verdadero jugador —el más varonil — es el hijo del Destino que crea por si mismo sus inquietudes y sus remates.

Siempre en persecución de la verdad que se esconde detrás del sueño; insatisfecho siempre porque cuanto más la asedias ella más se aleja. Es el eterno juego de te busco y no te alcanzo.

"Anatiri" es también el que manda, el que organiza a los hombres y a las cosas. El que tiene luz de estrellas en el mirar ávido y voluntarioso.

No es entretenimiento, no es pasar las noches barajando los naipes y el cubilete con los dados. Tampoco mera divagación acerca del vivir cómodo y tranquilo.

Es la fiebre que devora al ambicioso. Al que hace, deshace y rehace los hilos del destino.

Es la voz, de los oráculos y los presentimientos que anuncia los sucesos venideros y calibra los acontecimientos pasados. La brújula que convierte en realidad las circunvoluciones del azar.

Mensaje y advertencia señala el derrotero a seguir.

Da sentido al pensamiento, fuego a la voluntad. Se diría el Maestro Escondido que conduce sin rigor. Pero también el severo corrector de errores y desvíos.

"Anatiri": todo es juego, inevitable el jugador de las osadías y los desplantes al azar. El camino empinado que lleva indistintamente al éxito o a la caída.

Dicho en tono menor: es el Hado que tú mismo provocas.

SOLEDAD

Día invernol. Pálido sol. Imperio de las nubes grisáceas. Rememoras con pesadumbre: ¡cuántos amigos desaparecidos, tantos que se irán todavía!

No vives solo pero los seres amados que te acompañan hoy te dejaron aislado.

Recorres los cuartos vacíos. ¿Hay comunicación con las cosas inanimadas? Si, pero nada iguala a la seducción de otra voz familiar.

Eres como un rey destronado al que rodean sus recuerdos, sus libros, sus músicas, sus obras de arte. Único espectador de este mundo poblado de silencios.

La soledad te invade. El frío exterior penetra al río de la sangre. El artista sueña solitario. El hombre reclama presencias fraternas.

De pronto el corazón se enardece. La figura inolvidable se insinúa suavemente. Y la voz amada profiere: "no estás sólo, siempre estuve a tu lado."

LO QUE FALTABA

Parecía un paisaje petrificado y sin embargo cosas y gentes se movían con ritmo lento. Un sol pálido alumbraba la escena. Dentro de un cerco de montañas el parquecito se ofrecía fresco, radiante pero nadie reparaba en él.

Sentado en un banco de ladrillos el narrador imaginaba una historia que a su juicio sería famosa: original, cambiante, rica de color y de sentido. Eclipsaría a todas las historias escritas en los últimos años. El poseía todos los recursos técnicos para conformar una estructura armoniosa en el relato. Tenía, además, inspiración, la que falta a muchos. Y su poderosa escritura lograría una obra maestra.

Cuando trazó la última frase leyó sus páginas y se sintió orgulloso como el arquitecto que ha terminado de diseñar un gran edificio. Sí, todo encajaba perfecto: la visión panorámica, la trama que sólo al final revelaba su enigma, los personajes como esculpidos a golpes de cincel, el lenguaje preciso, las imágenes atrayentes.

Surgido en una mañana apenas soleada el relato se cerraba en sí mismo grandioso, hermético, perfecto.

Releyó su historia y la encontró un tanto fría. ¿Cómo podía ser? Si había extremado su ciencia expresiva. De pronto los personajes fingían figuras heladas desprovistas de vida y de calor. El tema mismo que al principio ganaba interés se diluía en los párrafos finales intrascendentes. Escrito de acuerdo a los cánones del gusto en boga —populismo, extravagancia, acrobacias lingüísticas, escándalo, acertijos en la composición— su relato superaba a muchas narraciones del género. Pero no le satisfacía.

¿Qué faltaba? Nada, a su propio juicio crítico todo estaba bien.

Lo publicó en una revista que lo acogió presentándolo en forma destacada. La crítica enmudeció, ni los amigos demostraron interés. ¿Cómo podía ser? El maestro de la narración corta acudió al Maestro Interior:

—¿Por qué ese vacío, esa indiferencia a mi relato?

Y el Maestro Interior le contestó:

—Le falta sentimiento; el arte sin él es cáscara vacía.

ES AQUI EN EL ORIENTE ANDINO

¿Por qué vas a buscar el misterio, la verdad de las religiones, la poesía y la belleza en el Antiguo Oriente de indos, persas y griegos? Están aquí, en el Oriente Andino apenas escrutado por la mente caviladora del hombre.

Cordilleras de inmenso poderío. Nevados y montañas de nombres legendarios. Tiwanaku, capital del enigma. El Titikaka de kollas e incas emporio de encantamientos lacustres. Los rubíes que fulgen en las khantutas. La llama, princesa india. El puma elástico. El cóndor dueño del espacio. El aimára y el quéchua seres e idiomas arcaicos. Kollasuyo, Tahuantinsuyo, imperios abolidos. Culturas que la geología sepultó. Músicas y leyendas que custodian arcanos lejanísimos. Cada nombre un sol revelador. Cada tradición telúrica luna de poesía. Todo semiescondido, esquivo a la mirada rápida. Todo oscuro y lumíneo a la vez. ¿Religiones? Las más remotas. ¿Historias? Las menos conocidas. El Ande palingenésico es un haz de revelaciones.

Por eso te diré que no te remotes a horizontes lejanos. Ahonda más bien en la maravilla cósmica que te habita el corazón. Es aquí en el Oriente Andino que reclama tu fervor.

LA CATASTROFE

Los dos ejércitos avanzaban intrépidos hasta que sus primeras filas chocaron entre si. Peleaban al modo antiguo con arcos, flechas, lanzas, porras, alfanjes. Combatieron ferozmente hasta que de los dos poderosos ejércitos sólo quedaron pequeños grupos aislados que se disolvían a la distancia.

La tempestad estalló horrisona. Truenos, rayos y relámpagos azotaban el océano enfurecido. El gran transatlántico y los tres veleros que lo seguían fueron violentamente sacudidos por la bravura de la tormenta. Era una lucha silenciosa de voces humanas, sólo se oía la furia del oleaje, el bramido del viento, la brusca irrupción de los fenómenos atmosféricos. De pronto una turbonada gigantesca se tragó los tres veleros y el gran transatlántico comenzó a hundirse por la popa. Nadie salvaría del espantoso naufragio.

El sismo cogió a la población desprevenida. Torres, templos, castillos, casas se derrumbaban como naipes. Las muchedumbres corrían despavoridas mientras la tierra se abría en anchas grietas que absorbían cosas y gentes.

Nadie supo cómo se inició el incendio. Primero fué un trigal, luego extensas sementeras, después los bosques de pinos y alerces. Las llamas voraces llegaron hasta las murallas de la Ciudad Sagrada y comenzaron a devorar la implacables. Sólo se divisaba una colosal y terrible cortina de fuego que lo envolvía todo.

La inundación anegaba el país, barraba los caminos, engullía las casas, deshacía las cosechas. Era un río titánico, anchuroso que nada dejaba en pie. Se adivinaba, aunque con templada la escena de lejos, se veía que terror, hambre, frío, desamparo azotaban cruelmente a las gentes. Las aguas como genios monstruosos pulverizaban el paisaje.

Caballos desbocados corrían en tropeles bravíos. Se diría que iban a pisotear y arrasar el mundo.

¿Era el fin del mundo, la bíblica tensión de los últimos días, el aniquilamiento de la creación?

No. Solamente los juegos de la luz, del color, y de las formas cambiantes que las nubes del verano pintaban en el cielo.

SAMCA

Es el sueño para el aimára que puede ser lo mismo simple que complicado. Lo mismo que para todos los hombres.

Pero aquellos que fueron ungidos en el culto iniciático saben que soñando regresan los imperios abolidos y los dioses desaparecidos. El Templo Solar de los Andes más grandioso que el de Salomón. La Gruta Musical de la Luna. El Lago de Azul intenso cuajado de misterios que surgió millones de años antes que el Titikaka menor en estatura y en islotes.

Soñar, recordar... Y el alma se hunde en las vastas lejanías de ciudades portentosas, pueblos indómitos, seres que se transportaban por el aire sin ayuda mecánica, sacerdotes que conocían el secreto de tornarse invisibles, y unas "tawakos" o jóvenes de piel morena y ojos rasgados cuya hermosura excedía todo lo avizorado por el ojo humano.

Samca: retroceder en el tiempo, siempre más allá... Vidas de vidas. Mundos de mundos. Cien Diluvios, Mil Torres de Babel. Y los Grandes Nevados guardan la memoria remotísima de Hazañas estupendas que apagan la fantasía de los más imaginativos soñadores.

EL INCREDULO

—No creo en nada ni amo a nadie —dijo el hombre de hosco semblante.

El amauta Huyustus lo contempló, compasivo:

—¿A qué viniste al mundo? —interrogó— sin creencias, sin amor el hombre deja de ser tal.

—Persisto en ambas negaciones y sin embargo no dejo de ser un varón consciente de su fuerza.

—Entonces crees en la fuerza y amas la violencia.

—Absolutamente no; las ejerzo sin pasión, fríamente, porque así debe ser, mas sin ninguna finalidad personal, sin que sentimiento alguno conmueva mi alma.

—Pensar en el alma ya es creer en ella.

—La nombro así porque es de rutina pero no creo en esa esencia inmaterial que guía a los débiles.

—Devoto de la energía te habita el mundo de la materia que se crea y obra por si misma. Eres un témpano.

—Ni el fuego ni el hielo me impresionan, son sólo formas de la vida. Todo me deja indiferente.

—Careces pues también del entusiasmo, hélice de la existencia. ¿Qué sentido tiene tu vida sin los flujos y reflujos del corazón?

—El corazón —dijo desdeñoso el hombre hosco —es solamente un músculo. No nos maneja.

—Estás negando también el sentimiento que nos separa de las bestias —replicó el amauta — Huyustus.

—Sentimiento, inteligencia, sensibilidad palabras huecas. Venimos a luchar, a devorarnos unos a otros, a organizar y dominar la materia. No creo en nada porque todo huye, no amo a nadie porque nadie merece ser amado.

En ese instante un perrillo estuvo a punto de ser arrollado por una motocicleta. El hombre de semblante hosco exponiéndose a ser embestido por la máquina se abalanzó y con mano pronta evitó la muerte del animalito.

—Incrédulo de palabra como tantos materialistas, en el fondo crees en el bien obrar y amas la vida —dijo Huyustus y se alejó dejando pensativo al hombre de semblante hosco.

KASSIDA

Una pena muy honda cava en tu corazón. No puedes referirla porque dañarla a seres amados.

El sol brilla como siempre. El aire trae nostalgias lejanas. Una bandada de gorriones cruza victoriosa por el cielo de cobalto. Las khantutas emulan con los rubíes. Un colibrí succiona los cálices acampanulados. Gritos distantes de niños. El ramaje se mueve suavemente. Todo está bien.

Acaso no tienes derecho a quejarte. Armoniosa es tu vida, fugitivo el pensamiento. Una música largamente escuchada expande recuerdos entrañables.

Poeta y soñador juegan con los diamantes del crepúsculo. ¡Alegría, alegría de vivir canta el paisaje! Pero el alma, cierra su quebranto como en un estuche. Y nadie conocerá esa pena muy honda que te cava el corazón.

EL BEETHOVEN

Soberbia la cabeza imaginada por el escultor. En el yeso original teñido de ocre, surgía el rostro tempestuoso del gran compositor: todo él hecho de fiereza, brusquedad, osadía, sufrimiento. La cabellera fantástica sobrepasando los límites de un desarrollo natural era también una tempestad de giros y de curvas que enmarcaba la frente amplia como cima de montaña, los párpados entrecerrados y el gesto amargo de la boca desdeñosa.

Daba miedo mirarla, después admiración. Nunca tanta fuerza bravía, retenida, se paralizaba en una testa escultórica. Se diría un mundo vastísimo, agitado, vibrante en una sola cabeza de varón.

Asombró a muchos —¿cientos, miles?—. Quien la contempló soñaba con la tormenta inmóvil de sus formas penetradas de energía y de belleza, belleza viril, en cierto modo salvaje, que expresaba la grandeza doliente del gran atormentado.

Era ciertamente único, el Beethoven ideado por Pradelles. ¿Quién no habría deseado tener lo en su casa? Se hacía amar, se hacía desear, se hacía dueña de sueños e inquietudes. Jamás tanta recia concentrada en una faz sombría y luminosa a la vez.

La cabeza estupenda se movía, estando quieta, en dos órbitas de acción. Tan pronto el rostro apolíneo estilizado en una majestad de los rasgos faciales, tan pronto la cólera dionisiaca que se vertía en una explosión de las pasiones.

Aunque recibiera cien proposiciones ventajosísimas su dueño, el escritor, melómano además, alucinado por la música beethoveniana, nunca quiso desprenderse de la testa magnífica. Era el dios enviado por el destino y lo conservarla hasta el día postrero.

Solían dialogar sin palabras, sólo con pensamientos. El hombre de Bonn transmitía al hombre del Ande los mensajes recónditos de dolor y de alegría ceñidos por el misterio de su música, que éste devolvía en tiernas efusiones de fervor y simpatía. Entonces la cabeza de yeso vibraba como una cabeza humana.

Cuando el escritor entró al último frío nadie vio las dos lágrimas que rodaron de los párpados semicerrados de la testa del Beethoven.

GAZAL

No pidas a Dios mucha sabiduría: fluyendo en exceso ella viene envuelta en los cendales del dolor.

Quieres saberlo todo, indagar sin descanso, abarcar lo que mirada humana no pudo avizorar. Quisieras coronarte Emperador de las interrogaciones y sus respuestas. Curiosidad insaciable aspiras a sorber el río de las revelaciones.

¿Pero es que puede la minúscula criatura humana sorprender los secretos de la naturaleza, plegados en el abanico de las imágenes sin fin?

Busca, buscador, mas no te obseda la persecución de las verdades todas que como un bancal de violetas se esconden detrás de las palabras más difíciles y de los sueños más impenetrables.

Reprime tus ansias de saberes monstruosos. Límitate.

Embrida tu inteligencia. Cercena tu afán de poderío. Y al mundo y a la vida pídeles nociones reguladas, no el huracán de la sabiduría desbocada.

LA AMENAZA

"Temor y temblor" — dijo el pensador danés frente a los peligros que acechan al alma buscadora de verdad.

Furor y terror —podemos responder hoy que el mundo parece sucumbir ante la amenaza de su destrucción. Furia de verse impotentes ante la tempestad de los peligros, pánico al ver cernirse como aves rapaces los látigos que azotan al hombre.

Y es que los Jinetes del Apocalipsis son ahora diez: hambre, miseria, desocupación, armamentismo, drogadicismo, terrorismo, criminalidad, corrupción, materialismo, y el décimo la guerra termonuclear, el fuego desatado por el ingenio humano que lo aniquilará todo.

Vivimos angustiados presintiendo la mordedura de las víboras que nos rodean. Ya no existen seguridad ni reposo para nadie.

Y sin embargo el sol nace cada día, la naturaleza se engalana bajo el cielo azul, el amor sigue reinando aun en los corazones azorados. Se diría que el Señor nos concede pausas de alegría aun en medio al terror y la confusión.

Pero la mayor parte de las horas para el ser de observación y reflexión transcurre oscurecida por el manto negro de la duda y del pavor. Tememos la muerte cruel, desgarradora, que arrasará con todo y can todos.

No es sólo el miedo egoísta de la propia destrucción, es también la pesadumbre de pensar que lejos o cerca tus seres amados correrán la misma suerte horrrisona.

Es inútil negarlo: las furias del Averno ciñen ya la vieja Tierra.

No obstante siguen centelleando los diamantes del Bien, de la Verdad, de la Belleza, de la Bondad, de la Moral, de la honda Espiritualidad.

¿Qué se puede hacer centinela del mundo?

Confiar y esperar. Dios Misericordioso vela por las gentes de fe. Aunque haya de sobrevenir el desastre final una canción de alegría debe encantar tus amaneceres y el reza beatífico apaciguar tus temores.

Varón de sobresaltos: convierte la gran amenaza de las desventuras en un himno de Esperanza. No desesperar.

AL OTRO LADO

Soñaste —¿o era verdad? — que tu y Ella cogidos de las manos volaban con lenta majestad por los aires.

La montaña tutelar más grandiosa que nunca. La mañana esplendente de colores. Una música de suave armonía encantaba el ambiente. Las flores coma más bellas, los animales como más próximos. Corazones y cosas vibraban al unísono.

Colmado todo anhelo había fugado el deseo.

Reyes, emperadores no serían más felices, pues la creación toda fingía girar en torno a vuestra dicha. Ángeles y palomas entrecruzaban sus giros curvados. Todo respiraba quietud y contentamiento. Vosotros, desde lo alto, señoreando el paisaje.

Ya nada podíais pedir pues la Pareja Elegida se sustenta de su propio equilibrio.

Sucedía al otro lado de la Línea de la Vida.

TRES HERMANOS

Se denominan: el pasado, el futuro, el presente. Pertenecen a la familia de los meditativos y cada cual tiene su propia magia.

Bello es retroceder en el tiempo. Hundirse en la evocación de lo que fué. Maravillas brotan como estrellas en el cielo del que recuerda. Buscando, buscando... siempre para atrás, siempre más atrás.

Excitante es avanzar en el tiempo. Sondear la inmensidad de lo que puede ser. La imaginación se acrecienta, la mente rueda de invención en invención. Pensando, pensando... siempre para adelante, siempre más adelante.

Pero el tercer hermano guarda tesoros mayores si sabes profundizar en sus enigmas. No todos pueden captar el alma del momento más aquel que presiente lo eterno en lo fugaz es el Sacerdote del Misterio. Porque todo vive, todo habla, todo transmite mensajes de celes tía. Y si pretérito y futuro se sumergen en la Noche de los Tiempos, enseña el presente que en todo instante hay un amanecer primaveral.

No envidies al poeta que se remonta por el firmamento de las lejanías. Ni al persecutor de imperios abolidas. Menos al escrutador ambicioso que sitúa sus edades de oro en remotos horizontes.

Tampoco codicies la avidez del sabio que ensancha su conocimiento del mundo y de la vida proyectándose a verdades que aun no han sido. Ni el moroso que indaga en el retroceder de los sucesos, ni el apresurado que se anticipa en lo que vendrá gozan los deliquios del instante.

Aprende a ver, aprende a sentir. Estás rodeado de portentos. Bueno es inquietarse por lo que fué, por lo que puede ser; pero lo fantástico subyace en la presencia inmediata de las cosas.

Profundiza el sentido de los instantes. Descubre el valor de cada ser y cada objeto. Disfruta el mundo que te fué donado. Que cada momento sea una revelación.

Y que la magia del presente aventaje los encantamientos del pasado y del futuro. Para siempre. Así sea.

EL ENEMIGO

Concede instantes de placer que hace pagar muy caros.

Es un toro furioso que arremete con todo lo que se le pone delante. Nadie puede resistírsele: embiste y acaba con toda resistencia. Fuerza demonial da la vida pero también genera la muerte de las mejores intenciones.

Quisiéramos tenerlo siempre encerrado, que el astado sólo parta y corra a nuestra sola voluntad. El se ríe porque se sabe más enérgico que la más acerada individualidad.

Ocasiona los mayores disgustos —entrelazados con el goce físico efímero— y destruye al ser moral. Sus cuernos afilados no perdonan, desgarran carne y alma a la par.

Viento imparable lo cercena todo. Y el empuje de su masa atropellante es tal que desarma al carácter más templado.

Estás a su merced. Nada puede frenarla. Cuando acomete se lleva mundo y ser tras de sí. Toro bermejo, el indomable.

Por otro nombre: el sexo. Poder sin brida.

ELLOS

Fueron tantos, los que ya se fueron y los que aun viven.

Los tuviste de toda laya: grandes, poderosos; sabios, maestros de vida; alegres animadores del instante; consoladores en las penas; pequeños, humildes; unos cargados de iniciativas, otros dóciles seguidores de tu invención; buenos, generosos; pero también los hubo susceptibles, infidentes.

Los recuerdas a todos a los leales y a los ingratos, por que te ayudaron a compartir goces y amarguras. Los de ancho corazón centelleando como rubíes color de sangre. Los estrechos de intención hundiéndose en la negrura de los ónices.

¡Dichoso el que tuvo amigos preclaros siempre dispuestos, a la venturosa y a la desventurada compañía! Infortunado quien transcurrió solitario de afectos y entendimiento espiritual, porque ese transcurrir ó como alma en pena sedienta de comunicación.

No que les des todo tu tiempo ni te amarres a sus propósitos y diversiones. Guíalos mas bien.

Nada más placentero que hallar un nuevo amigo. Nada más triste que ver a otro que se aleja. Como el viento a las nubes el Destino los atrae y los dispersa.

Entrégate entero a la amistad aunque a veces la gacela se convierta en tiburón. Todo es necesario, lo mismo la ternura del afecto desinteresado que el zarpazo del inconstante.

La caravana de los que se apoyan unos a otros siempre llega a término. Suele extraviarse el tropel de los ansiosos y desconfiados que recelan de los demás.

Si bien la comunicación humana y la ayuda reciproca constituyen lo más noble del vivir no olvides lo debido a la religión, al pensamiento, a la naturaleza, a los libros, a la música y las artes todos leales camaradas del camino.

Has pensado hondamente en ellos, los muertos y los vivos, sutilmente ligados al escenario de tu quehacer.

Y al Señor rindes tributo de reconocimiento porque a más de la legión de los fieles compañeros, te otorgó en la Bien Amada y en tus hijos las rosas más hermosas y perennes de la amistad.

LO IMPERDONABLE

El ser de las barbas fluviales y el báculo mitral pasaba revista a la legión de los condenados que pretendían salvarse por el arrepentimiento y la penitencia.

Había de todo, asesinos, ladrones, perjurios, adúlteros, traidores, perversos, simoníacos, estafadores, verdugos, mentirosos y toda laya de almas oscuras, retorcidas, ahítas de perdón.

Salvo unos pocos casi todos de la numerosa legión franquearon las Celestes Puertas: habían sido perdonados.

Entonces se adelantó el filósofo:

—Soy escéptico pero honesto. Enseñé a los jóvenes a no creer en nada, a desconfiar de todo. Que tierra y cielo son ilusiones intrascendentes. Que la verdad no existe sino hipótesis cambiantes. Que nada debe esperar el hombre ni en el país de donde venimos ni en éste Más Allá.

—No tienes entrada —dijo el Jefe de Ángeles. Mataste la esperanza, el delito mayor.

Y con su báculo de oro lo arrojó a las profundas del abismo que se abría a sus espaldas.

SARIRI

El caminante: cree saber de dónde viene, a dónde va, pero en verdad es el hijo del Destino. Ignora los hilos que mueven su andadura. Ni por qué.

Unos hacen largos recorridos, exploran montes, invaden bosques, transitan por quiebras y llanuras. Son los buscadores de aventuras. Otros hacen de su andar una melodía serena, continuada, que no tiene término porque se sustenta de su propia obsesión. Son los que prefieren no partir, profundizar es su verdad.

Y unos terceros existen que alternativamente se disparan a los horizontes y también revierten sobre sí mismos. Fugan, vuelven, no se detienen nunca. Acción y quietud en una sola espiga.

Pero tú, Sariri, el rondador aimára persecutor de enigmas, escrutador de los prodigios antiguos, no sabes cómo se inició ni cómo acabará tu marcha ansiosa de revelaciones. Lejos quedaron émulos y envidiosos... Tu andar sacaba chispas a las piedras y más luz a las estrellas.

Seguido, entendido pocas veces, te fueron más familiares la soledad de los fuertes, la melancolía de los incomprensidos. Pagaste un precio por navegar mares desconocidos.

Un velero matinal simbolizó tu primer viaje ideal. Un cóndor blanco se cierne sobre los tramos finales de tu última caminata.

Verdad que Ella y algunas voces fraternas siguieron paso a paso tu andadura. Eran pocas, frente al oleaje pérfido de silenciadores y obtusos. No hay rosa sin espinas ni creación literaria sin desgarramiento.

Perdiste la cuenta de tus búsquedas ideales. Acaso el número de tus libros excede la cantidad de tus años. La edad crepuscular te mira siempre pensando, escribiendo, explorando nuevos caminos de inquietud.

"Será mi último libro" —dijiste más de una vez. Pero ellos seguían aumentando el caudal de tu producción. ¿Hasta cuándo y cómo será la busca postrera?

Caminar, caminar por las rutas del mundo y las vías de acceso a las ideas. Fué tu sino.

"La escritura me hurtó muchas veces a los goces del vivir placentero" —refirió Sariri.

—Estabas destinado —le respondió el Anciano de la Túnica Verde —otros desviven desbrujulados, inconscientes. A ti te fueron donados el rigor de las marchas disciplinadas y la persistencia en la indagación de la Verdad y la Belleza. Del Reino de los Arcanos descendió tu caminar. Agradécelo.

GAZAL⁽²⁾

Primero un gorrión. Luego una paloma. Un ruiseñor. Un halcón. Un cóndor victorioso. Finalmente un águila cansada.

Ese león arrodillado en las nubes. El imperio dormido en la perennidad de la montaña. El día que se levanta fresco y glorioso. La noche materna y envolvente. La ronda de las horas, perlas blancas y nigérrimas. El instante-relámpago de las revelaciones. Duelo sostenido entre deseos y recuerdos.

Tan largo el camino, tan corto el quehacer...

Pediste mucho y vario y te fué concedido. Verdad que lo fabricaban a un tiempo el Destino y tu propia hiladura interior. Cazador de estrellas. El sol negro de la fatalidad siempre vencido por los astros centelleantes de la esperanza activa.

Tu velero matinal trocado en hermoso navío de majestuoso andar.

Y Ella en tus sueños y en tus actos nimbada de celestes resplandores. Árbol de fieles retoños maridado con la vida.

De Dios vino el designio, de tu voluntad la vocación. Y dicen que la escritura es música largamente escuchada, más bella cuanto más sentida. Amaneciendo siempre en tu corazón!

La presente primera edición de "ANATIRI". Es propiedad del Editor Rolando Díez de Medina, © 2006. La Paz - Bolivia

[Inicio](#)